

La Temática Orfica en los Sonetos a Orfeo de R. M. Rilke

Por Jorge Juan.

El primer soneto es el prólogo teatral donde Rilke presenta a Orfeo en su figura clásica: su música produce un efecto mágico en la selva.

"Allí se elevó un árbol. Oh elevación pura.
Orfeo canta. Oh árbol enhiesto en el oído.
Y todo calla".

El canto ha logrado la unidad en el desorden:
"Mas del total silencio
avanza un nuevo principio, una señal, un cambio".

Todos los rugidos de la selva han cesado y las fieras amansadas conviven en el orden y la unidad. La música levanta, donde sólo había desorden y maraña, un templo, pero un templo en el oído.

El éxtasis de este soneto es el pasmo, no el miedo, la sensación del cambio: del rugido al silencio. La quietud, el dominio. No ha sido el miedo ni la astucia quien ha amansado a las bestias, ha sido el oído.

Este sentido queda elevado en su aspecto más sensitivo. No es el mero oír. Se comienza por oír, y se penetra hasta lo hondo del ser, casi hasta constituirlo en oído entero. Entonces allí en la profundidad empuja una dinámica avasalladora, nueva y misteriosa. Todo ser vivo ha de ser sensible a la música. Por eso Shakespeare dice: —no te fíes del hombre que no siente la música, es capaz de toda maldad, engaño y crimen.

Es, pues, el primer sentido de la música, personificado por la antigüedad en el mito de Orfeo: la música amansa hasta las fieras; logra el silencio profundo y la unidad, incluso en la selva. La música es una magia encantadora, hechizante, mística, que hace bailar las cobras y arranca del voraz ojo de la bestia la lágrima emotiva. Es un poder divino.

El segundo soneto es la penetración vibrante del lirismo y danza en Wera Oukama:

"Y casi era una niña y brotó
de esa única dicha del canto y de la lira.
Y brilló clara a través de sus velos primaverales.
Y se hizo un lecho en mi oído.
Y se durmió en mí. Y todo era su sueño.
Los árboles que yo admiré,
esas sensibles afueras, aquellos prados sentidos
y cada nueva maravilla que me sobrecogía.
Adormeció al mundo. Dios cantor, cómo

la acabaste, de modo que no pretendiese
un momento despertar. Mira, estuvo ahí y duerme.
¿Dónde está su muerte? ¿O encontrarás todavía
este motivo antes de que tu canto se consuma?
¿Y a dónde se va ella escondiendo de mí...?
Una niña casi..."

Es casi todavía una niña pero el canto y la lira le han entrado dentro como un temblor luminoso que la transparenta en su primavera. Ha quedado transformada en puro ritmo y así se ha sedimentado en el oído del poeta. Allí se ha dormido todo. Le ha embrujado transmutando lo interior y lo exterior. El "afuera" se ha vuelto sensible, los prados y cada nuevo asombro ha quedado envuelto en la magia de esa imagen sonora y rítmica. Todo el mundo se ha adormecido de irrealidad y de canto.

Pero el poeta despierta del sueño sensorial cuando la imagen que le nutría —la niña temblante de música y movimiento— desaparece detrás de la muerte. "Estuvo allí y duerme".

El tema de la muerte ha entrado de sopetón en el horizonte del poeta.

"¿Dónde está ahora? Y ¿a dónde se va escondiendo
ella de mí...?"

Sólo queda en sus labios las primeras palabras del soneto, cerrándolo y volviendo a insinuar todo el principio:

"Casi niña..."

Delante del poeta sólo queda la tiniebla de la muerte, la huída de la música, el regusto y la nostalgia de ese mundo de hechizo y maravilla que creó en su luminosidad el rápido movimiento, fugaz de la muchacha llena de armonía. Todo el paisaje se ha apagado. Ha quedado para siempre sólo en el recuerdo como amargura y ensueño del nuevo mundo de brujería que se puso ante los ojos musicales del poeta, entrando antes Orfeo en su oído.

El "oído" como órgano sensorial de extraordinaria fuerza poética ha quedado incorporado en este soneto y en el anterior, como un poder misterioso hondamente transformante del mundo real.

El tercer soneto es de imágenes más audaces y sobrecogedoras.

"Un dios lo pudo. Pero cómo, dime,
ha de seguirle un hombre por la estrecha lira?
Su espíritu es discrepancia. En el cruce
de dos caminos de corazón no se mantiene un templo
para Apolo
Canto, como el que tú enseñas, no es afán
ni tejido de algo por fin logrado
Canto es existencia. Para Dios, cosa fácil.
Pero ¿cuándo nosotros ~~somos~~? Y ¿cuándo inclina él
a nuestro ser la tierra y las estrellas?
Esto no ~~es~~, joven, lo que tú amas
aún cuando la voz a tu boca irrumpa
Aprende a olvidar que tú cantas. Esto pasa.
En verdad cantar es otro aliento
un hábito en torno a nada. Un soplo en Dios. Un viento".

No hay que preguntarse ante este soneto nada de orden conceptual, ni inquirir ninguna explicación filosófica. Sólo hay que revestirse de todo el ambiente del poeta y dejarse transportar por la imagen a sus intuiciones.

Orfeo es la música personal, el canto, la danza, la exaltación poética, el lamento, y todo lo que tenga sonoridad, ritmo, armonía, modulación o vibración auditiva. Todo aquello que llega por el oído hasta el sentimiento.

"Cantar como tú enseñas no es anhelo ni deseo que pueda ser conseguido".

Es fácil para un dios. Se despierta el alma al mundo musical, y en el subconsciente irrumpe el deseo de vivir perpetuamente vibrando en el bosque sonoro, de tener y sublimar el momento inefable del canto. Experiencia sentida por todo artista, mientras la limitación le agarra desde la tierra. Por eso sólo un dios lo puede, pero no la estrecha lira del hombre. En el hombre el canto es fluencia, existencia fugaz. Pero

¿cuándo nosotros **somos**? Aprende a olvidar que cantas.
Eso pasa. En verdad cantar es otro aliento
Un hálito en torno a nada. Un soplo en Dios.
Un viento".

Imágenes aparentemente contradictorias. El poeta percibe que siendo el canto existencia, es existencia limitada, transitoria, diríamos con términos filosóficos: "contingente". Una existencia percibida en sentido existencialista: nada a la espalda, ni en el horizonte, nada en el fondo del propio existir: "un hálito en torno a nada". "Un viento".

Quiere el poeta que mientras el joven en su ímpetu musical se afirma en el mundo y en la existencia, introduzca la sensación del vacío y de la no-existencia. La contradicción, el absurdo, el fracaso, el no-ser-Dios. La afirmación simplemente de que habiéndose levantado en el alma la sensación profunda de ser, existir, el existir y el ser como se anhela, está sólo al alcance de un dios. Están contrapuestos en el mismo ser humano el existir con su proyección a continuar existiendo y a existir plenamente, con el no existir de hecho plenamente y encontrar que fluctúa bajo sus pies, en lo hondo mismo de su ser, su propia existencia. Está montado sobre la nada.

Sin embargo hay una referencia en todo el soneto a algo más pleno. Simplemente, algo trascendente a la condición de lo fluyente, transitorio y limitado. Es un salto emocional, semilógico, a través de una imagen pagana —la del divino Orfeo— hasta Dios. Mientras afirma que el canto en el hombre es existencia fluyente, afirma la posibilidad de ese canto pleno en un Dios.

Aunque hemos dicho, que no había que intentar atrapar el contenido del soneto conceptualmente, hemos dado al fin unas insinuaciones por las que se puede seguir un poco el fondo filosófico de Rainer María Rilke.

Lo más importante en este artículo era la temática órfica. En próximos artículos intentaré desarrollar otros aspectos de este tema y otros temas expresados en los sonetos a Orfeo.